

noso de nuestra naturaleza animal, así como el valor y el desprecio de la muerte afirman con arrogancia la espiritualidad de nuestro sér.

—No sé si me comprenderás... empezó Carlos cuando vió á Mariano dispuesto á oírle.—Hay cosas que por dentro aparecen clarísimas; pero las necias, las mudas, las imperfectas, las palabras, vamos— no las expresan ni en parte ni en todo, y entonces ¡cuánto se sufre! Adiviname, Mariano, cuando no encuentre fórmulas en el lenguaje... Recordarás que hará cosa de año y medio tuve que ir á mis posesiones de la montaña allá en mi país, á fin de arreglar asuntos embrollados que reclamaban mi presencia. Me quedé allí una casa antigua y grande, donde pasaron largas temporadas mi abuelo, mis padres y mi tío y padrino el general Marañón; casa que está llena de rastros y recuerdos de esos seres queridos y respetados por mí supersticiosamente. El tocador de mi madre conserva aún en sus cajones frascos de esencia, cintas, guantes y abanicos rotos; en el escritorio de mi padre encontré cartas amarillentas, borradores, apuntes, pedazos de su vida, que me causaban una emoción religiosa. ¡Mis padres! Yo puedo ser malo, hasta criminal; pero ellos! No habiéndoles conocido sino en la niñez (murieron los dos demasiado jóvenes y casi á un tiempo; jamás supe pormenores, pues cuando sucedió me hallaba en casa de mi padrino), les consagré un culto. ¿Verdad que no se debe adorar á hombres ni á mujeres? Lo comprendo, lo comprendo... Ya ves que no estoy... (y llevó el dedo con furia á la sien, como para barrenearla).

Este culto ¡qué funesto fué para mí! Si no es por él. . . Nó, vale más que no haga reflexiones; que sólo refiera hechos.—¡Hechos secos, desnudos!—Desde el día en que llegué á la casa antigua, quise dormir en la que había sido habitación de mis padres, y se conservaba siempre cerrada; pero el mayordomo me objetó que me amenazaba ruina: grietadas las paredes, carcomidas las vigas, y acaso infiltrada de agua la panera que caía debajo. Esto me indujo á reparar aquella parte del caserón, por el deseo de conservarla piadosamente. ¿Cuánto mejor sería dejarla caer? ¿eh? Las obras, hijo mío, no dan más que disgustos... ¡Cuestan, cuestan caro las obras!... En fin, yo llamé operarios, y ahí me tienes removiendo tablas y escombros. Sólo que, á las primeras de cambio, ¿qué pensarás que descubrí? Una trampa, con argolla de hierro. Debajo de la cama de mis padres.. de la misma cama. Y comunicaba con una escalera, y por ella se bajaba á la panera, ó lo que fuese; al subterráneo maldito... ¿He dicho maldito? Maldito, sí.

Carlos se detuvo, y Mariano, alarmado ya, observó que ligeras gotas de sudor rezumaban en su frente y un poco de espuma asomaba al borde de los labios.

—¿Por qué me miras?—prosiguió Carlos—¡Si aún falta lo bueno! Ya llegamos al final... Verás; ú... Yo quise bajar antes que nadie. ¡Y gracias á esa! Porque la gente es tan mal pensada...



CUADRO DEL SEÑOR RAFAEL CORREA

leto, es decir, un esqueleto humano? ¡Vaya! Y conservaba restos del traje destruído y podrido por la humedad... Aguarda, aguarda... Ya sé lo que vas á preguntarme... ¿Que si era el esqueleto de un aldeano, de un pobre? ¡Quí! ¡Nó, nó, renó! Ya ves qué rareza; qué inverosímil... El esqueleto vestía de paño fino... y hasta encontré un reloj, una sortija...

—¿Y no averiguaste...?—interrogó Mariano con suprema ansiedad.

Carlos soltó una carcajada rechinante.

—¡Averiguar! ¡Pobrecito! ¡Tú sí que estás...! Sólo faltaría eso: que me metiese en averiguaciones... ¿Soy tonto? ¿Soy infame? Nadie había visto el esqueleto sino yo. ¡Pues á suprimirlo!... ¡Si vieses cómo llovía y tronaba cuando le enterré en el monte, lejos, lejos, á cuatro leguas de mi casa! Escogí un día de temporal deshecho, para que no me sorprendiesen ni los pastores. ¡Qué remojón! Después tuve una fiebre reumática... pero sin delirio, ¿sabes? sin delirio... ¡Delirar no quería! Quedé muy abatido... Y luego han dado en decir que estoy... (el índice á la sien) y me han traído aquí... No saben que me encuentro divinamente. Como que vivo lejos de los esqueletos andantes, de los hombre... que son todos esqueletos... Sólo siento una cosa (y Carlos hizo pausa y miró fijamente á su amigo). Que se te antojase venir... Porque he charlado, he charlado... ¿y quién sabe si tú serás de los que cuentan las charlas?

Sabe Dios lo que creerían si no me adelanto, de noche, muy provisto de farol, á registrar aquella panera abandonada desde tantos años, y si otros ojos ven antes que los míos el esqueleto, derecho contra la pared, arrimado á la esquina. El esqueleto, allí, allí... ¿Comprendes tú? ¡Pero qué cosas pasan! El esqueleto...

Mientras Carlos repetía la lúgubre palabra, Mariano le miraba como si dudase de la verdad de su narración.

—¿Que he visto visiones? ¡Ay, hijo mío! ¡allí estaba, créelo! ¿Que no tiene nada de particular el hallazgo? ¡Sí ya lo sé! ¿Que en todas las casas de campo se encuentran así... esqueletos? Bien, corriente, admito la teoría... Las teorías deben admitirse... Pero ya ves... *allí!* ¿Que si estoy cierto de que era un esque-